UNA VENTANA A LA CARRETERA

ANTONIO IGLESIAS LAGUNA

ESTE libro de cuentos obtuvo el Premio «Leopoldo Alas 1967. Para mí ha constituido una revelación. Conocía a Antonio Pereira como poeta sobrio y emotivo, y había leído algún cuento suyo; pero sin sospechar que en él existiese un buen narrador.

Los relatos son de naturaleza muy varia, teniendo él denominador común de las tierras galaico-leonesas, donde el autor nació y vive. Nada de literatura costumbrista, de tipos y paisajes con anécdota mínima, sino narraciones muy pensadas, con exuberancia verbal en ocasiones, con vocablos de honda raigambre castellano-leonesa, que dan sabor a lo narrado. La magia del verbo agudiza el perfil psicológico de los personajes. Voces bellas y precisas por brotar del contacto directo y continuo con las gentes del campo Antonio Pereira las utiliza bien, las dosifica con tino. El lenguaje es uno de sus dones. En una novela sería peligroso recrearse en el lujo verbal, pues el estilismo, la torrentera idiomática pueden ser cortina de humo que oscurezca la acción. Pero en el relato breve el lenguaje depurado, medido, avalora el texto. Antonio Pereira viene de la poesía -será poeta siempre, creo yo-, y esto se advierte en su prosa. Resultaría curioso averiguar cuántos novelistas de hoy, dominadores de la palabra, proceden de la poesía. La nómina sería muy larga.

Los recuerdos personales y lo autobiográfico se unen a la observación cotidiana del autor, cuyo humorismo de buena ley lleva pocos posos de amargura y muchas gotas de esperanza. Raras veces incurre en la burla, aunque sepa presentar el lado grotesco de las cosas. La influencia de Azorín y Miguel Delibes me parece palmaria en algunos momentos. El mejor de estos relatos -muy a lo Delibes- es el que da título al volumen -«Una ventana a la carretera»-, historia de Desiderio, criado, corretero y cachicán de unas monjas, sastre en las horas libres. Desiderio sabe mucho de mujeres, pese a no haber tenido novia y vivir bajo la férula monjil. Sin embargo, desearía «una mujer que en la cama le quitara el fría y los sueños temerosos; y, sobre todo, un cuarto con ventana a la carretera…» Esta ventana, este contacto con el mundo exterior, se le ofrece en su escapada a Valdeperón (orgía disfrazada de bautizo, o a la inversa). Desiderio encuentra allí su media naranja -Rosinda-, felicidad fugaz y agridulce; que sólo hará más punzante su soledad de doncellón rebuldeiro de latines afuera y zonzo de maitines adentro.

El tipo se repite con ligeras variantes: «Rabanillos hostigaba a las mozas; las comía con los ojos... Sus gestos eran apasionados, como de no poder contenerse, y se reforzaban con frases encendidas: «¡Que me pierdo!», «¡Mira que si te pillo a la

redonda...!» El pobre Rabanillos, diplomado en radio por la Escuela Maymó, presume de Don Juan y de tener en menos a las mozas. Su tragedia personal, la que le obliga a fingir un hartazgo inexistente, él sólo se la sabe.

Pero junto a la mujer y al chismorreo aldeano surge el problema del dinero, de la expatriación, de la añoranza del emigrante por el burgo natal, tantas veces brizado en sueños que, al ofrecerse en su realidad hodierna de desarrollo, destruye un mundo y una ilusión. Arsenio Quilós siente hundírsele la tierra bajo los pies. España ha cambiado. El cambio será bueno, pero la frialdad del tenducho pueblerino se la llevó el anonimato supermercaderil.

Pequeñas alegrías, nimias tristezas, raquíticas ilusiones problemas menudos enmarcan, embargan, encauzan las vidas de estos seres reales y humanos de Antonio Pereira. No son tipos, son hombres; no son arquetipos, son casos. Llevan dentro su contradicción y su incongruencia. Beltrán se cree superior a sus convecinos por tener carnet de primera especial. Los pispajosos carcamales calvatruenos del lugarón horrorizan a las beatas de primera misa por su vida noctámbula y crapulosa en el Casino Recreativo y Cultural, donde se dedican a la orgía del puchero de café con el propósito de mantener en pie sus cuerpos más achacosos que jacarandosos, que estarían en la cama tan ricamente. Pero el nombre obliga. Estos caballeros friolentos y «calaveras» -don Diego, don Leonardo, don Cayetano- parecen salidos de los libros de Azorín. Son un fin de raza que se niega a hincar el pico, que vive un asomo de opulencia y mantiene alguna querindonga de poco pelo. Con todo, se me antojan más dolorosamente humanos que otros urgidos por la necesidad del dinero: el amante de Lola, viajante de todos los caminos; los señores de Cedilla, aspirantes a las delicias del «600». Cirujeda en cambio, el bueno de Cirujeda, el memorión traga números, recuerda (en exceso) a ciertos personajes de don Wenceslao. No le falta humanidad, pero está «construido». Arnichesco, machadiano, resulta Manolito Gañibano; que sólo tiene una pollera en la mollera y se ve atado: por la collera del placer fácil. Señorito bestia, ricachón y simpaticón, es el único personaje con el ·que, en lo social, se ensaña Antonio Pereira. Porque Antonio Pereira sabe criticar sin herir, sentir amor por los humildes sin despreciar a los poderosos. Sin embargo, la pudibundez erótica de Manolito Cañibano mueve a risa.

Fe en el hombre -como en los mejores poemas de «Del monte y los caminos» se aprecia en relatos cual «El primo Tanis», «Hermosa primavera, señor director» (con un efluvio sensual muy medido) y en «El fuero y el huevo». Son también los relatos menos personales, más diluidos de todo el volumen, que hacia el final pierde en densidad y hondura, se agria un poco. No es que a estos relatos les falte calidad, sino que no están a la altura de los anteriores. Por lo demás, desniveles lógicos en un tomo de cuentos, como lógicos serian en una gavilla de poemas. Sea como fuere,

esta primera salida de Antonio Pereira le acredita de narrador que se exige mucho, y esto importa más que un premio literario.